

Aprender a leer: Una propuesta novedosa e inteligente

Graciela Perriconi*

La trayectoria profesional del Dr. Bruno Bettelheim como ensayista y pensador es vastamente conocida en nuestro país y en otros lugares de América Latina. Su posición como investigador incansable de los modos de represión de las sociedades totalitarias, fruto de su dolorosa experiencia personal, su método de recuperación de niños con serias dificultades de inserción social, su postura inteligente frente a una nueva concepción de la locura, su revisión crítica de la sociedad moderna y finalmente el aporte ofrecido a la literatura a través del difícil campo del psicoanálisis, son una discreta muestra de la versatilidad productiva del Dr. Bettelheim, que podemos leer en castellano. Acotamos que es amplio el material de investigación en inglés que aún no ha sido traducido.

El tema de la lectura nos reúne hoy con el autor a través de una de sus obras más interesantes: **Aprender a leer**, escrita en colaboración con Karen Zelan quien ha trabajado con él en la Escuela Ortogénica de la Universidad de Chicago. Bettelheim trabajó durante treinta años en la conducción de esta Escuela y como reza en el prefacio del libro que vamos a comentar, después de jubilarse recibió una generosa subvención de la Fundación Spencer que le permitió dirigir un estudio "cuyo objetivo era investigar sobre las posibles aportaciones del pensamiento psicoanalítico a la enseñanza de la lectura en las escuelas".

A partir de este objetivo claramente explicitado, los autores organizan el libro en tres grandes interrogantes: qué es leer y escribir; cuáles son los errores de la lectura, por qué se producen y quiénes intervienen en su concreción y, finalmente, el estudio concluye con una investigación sobre las llamadas cartillas o libros de lectura y las condiciones que deben reunir para no aburrir al niño. Se rescatan en medio de este agudo análisis los libros que tienen significado, es decir que no son textos vacíos de sentido.

Saber leer tiene importancia singular en la vida, asegura Bettelheim, pues de alguna forma sella el destino, la carrera intelectual de una persona. Saber leer le permite al hombre decodificar una serie incalculable de mensajes y por lo tanto aprehender el mundo y los objetos de una forma distinta. Saber leer es ser poseedor del mundo de las palabras y por lo tanto de las cosas que ellas representan. Es una fuente de seguridad personal.

Es muy importante el modo como el ser humano aprende a leer, pues esta experiencia determinará su opinión sobre el aprendizaje en general, así como el concepto de sí mismo como sujeto de aprendizaje e incluso como persona. En toda experiencia de aprendizaje y específicamente en ésta se hallan implícitas dos condiciones: la capacidad de cada niño individual y su historia familiar. Podemos agregar que estos factores pueden sistematizarse de otra manera: a) los antecedentes familiares de quienes van a aprender a

* La licenciada Graciela Perriconi es educadora, editorialista y especialista en Literatura Infantil.

leer y escribir, que pueden inculcar o no afición a la lectura y deseo de superación permanente: b) los métodos que se emplearon para enseñar a leer y c) el contenido de los libros que se utilizaron para tal fin.

Es inevitable decir que el sistema educativo tiene mucho que ver en la viabilidad de un buen aprendizaje. Cabe destacar que aprender a leer no consiste en poder descifrar letras y unir palabras; los maestros aunque no creen que saber leer sea sinónimo de entender lo que se lee, creen que lo primero conducirá inevitablemente a lo segundo, por eso es muy importante hablar de metodología, ya que si el niño siente un interés auténtico por una palabra, la aprende fácil y rápidamente. "Si en lugar de concentrarse en desarrollar las habilidades lectoras, los esfuerzos pedagógicos se concentraran desde un principio en desarrollar el deseo de formarse –en esencia, una actitud anterior ante la lectura– entonces el resultado final podría ser que el calificativo 'instruido' cabría aplicarlo a un segmento mucho mayor de la población adulta". El peor aspecto de los actuales métodos de lectura es que durante los primeros años de la escuela primaria, el niño llega a creer que leer es adquirir habilidades motrices e intelectuales como las de descifrar, reconocer palabras, unido esto al vacío de los textos iniciales nada concurre a la internalización del significado. Es importante destacar la cita de Huey "...la lectura debería hacerse siempre por el interés o el valor intrínseco de lo que se lee y nunca debería hacerse o considerarse un ejercicio. Por consiguiente la pronunciación de las palabras será siempre secundaria ante la obtención del significado de frases enteras, y esto desde el mismo principio." (**The psychology and pedagogy of reading**, Nueva York, 1980).

A partir de esta cita surge como inquietud rescatar la importancia de la buena literatura como una forma grata de acercamiento entre el niño y la palabra. El disfrute que le permite al niño el buen texto, que responda a sus expectativas y a sus intereses y con el cual pueda jugar, es un gran estímulo para un buen "insight" en la aventura de aprender a leer. Bettelheim relata la experiencia realizada con maestros y niños en las mejores escuelas del sistema. Se toma como punto de partida la necesidad de establecer un buen vínculo entre los docentes y los alumnos que si bien pertenecen a diferentes lugares, trabajan el tema de la integración del grupo como referente necesario para un buen aprendizaje. El maestro está conscientemente comprometido con la resolución de la ambivalencia de los alumnos de manera tal que puedan interactuar unos con otros a pesar de las distintas procedencias. Bettelheim comenta como una vez que la presencia de observadores extraños a la clase se acepta sin dificultades, se observa la relación que se produce cuando el niño lee con su maestro. El intercambio con el niño acerca de sus pensamientos e impresiones sobre el material que termina de leer, de acuerdo con el método psicoanalítico procura extraer ideas de los estudiantes y de los maestros y se hacen esfuerzos conscientes por evitar influir en sus respuestas con ideas preconcebidas por el grupo observador. Los niños gozan de libertad para dar a sus conversaciones el rumbo que desean. Se estimula la espontaneidad ante el material de lectura con la consigna de no intentar penetrar en el inconsciente de los niños.

La observación estaba guiada a detectar lo que hacía el niño mientras leía y lo que decía el maestro cuando lo corregía. Se llegó a la conclusión de

que los errores que los niños cometen están relacionados con lo que les preocupaba en ese momento o "como diría Piaget, con la naturaleza del actual sistema de significados que funciona en el momento de leer aunque el pequeño sólo tenga significados conscientes en la mente. Pero un sistema de significados incluye también pensamientos preconcientes e inconscientes". De aquí se infiere que un texto convoca a un sistema de significados por lo tanto despierta reacciones en más de un nivel de la conciencia.

De lo expresado se deduce que es muy importante la calidad de la lectura que estimula la imaginación y la fantasía del pequeño lector. Si la lectura es interesante y valiosa para su superyo, la mente estará mucho más dispuesta a internalizar este mensaje a pesar de las presiones que puede recibir del inconsciente, si por el contrario el material que se está trabajando es de baja calidad y no tiene valores literarios que atraigan la atención del niño no se logrará estimular al pequeño, entonces, como dice Bettelheim, no será suficiente para "subyugar" los intentos conscientes de leer las palabras.

Por lo tanto dos son las causas de los errores que se cometen al leer: los primeros motivados por presiones inconscientes que abruma las facultades cognoscitivas y los segundos por una insuficiente estimulación del yo. En el primer caso, leer una palabra en lugar de otra, en el segundo caso se deja de leer y se convierte la lectura en una actividad inabordable desde el maestro.

Se puede afirmar que las palabras despiertan presiones sobre el subconsciente que impiden el conocimiento. La tarea fundamental del educador es reforzar la capacidad del niño para resolver los problemas que tiene en sus manos: dar confianza, seguridad, sin hacer hincapié en el error sino en el acto permanente de pensar las cosas fortalece la capacidad intelectual.

También es interesante hacer notar que la comprensión de lo que hace leer al niño requiere muy poca energía mental en comparación con la energía que le demanda el reconocimiento de letras o palabras. Pero esta tarea de reconocimiento puede ocupar nuestro interés sólo un breve tiempo y espacio, por lo tanto esa parte de energía que no se invierte en la tarea misma busca afanosamente otras cosas a las que adherirse. Estas otras cosas pueden ser los pensamientos evocados por lo que el niño está leyendo, por lo que sucede a su alrededor y también por lo que pasa por su mente, contenidos que permanecen reprimidos mientras el niño se ocupa plenamente de otras cosas pero que tienden a hacerse conscientes cuando la conciencia no se ocupa de algo interesante.

Toda la teoría de Bettelheim está basada en la idea de que la enseñanza de las primeras letras no puede limitarse a proporcionar técnicas o recursos para descifrar la lectura, sino que debe introducir al niño en el mundo de la palabra escrita. Más aún esta palabra escrita promueve el diálogo entre el niño y el adulto y entre los propios niños con el fin de analizar errores de pronunciación o de interpretación y enriquecer su significado o bien conocerlo. Para lograr este fin es necesario que los llamados libros de lectura inicial y en

general los libros de lectura sean textos donde se unifiquen los "códigos literarios y plásticos en la búsqueda del significado bello".

Las llamadas cartillas de lectura convencionales sólo promueven el aburrimiento y el rechazo, pues se basan en insulsas repeticiones de palabras carentes de contenidos que puedan estimular las ansias de conocer y de sentir. Si bien nuestro autor habla permanentemente de las capacidades intelectuales, deja entrever con claridad que lo afectivo forma parte naturalmente del mundo del conocimiento. Es el canal por donde se llega a lograr las condiciones básicas del aprendizaje.

Es importante antes de finalizar este artículo revitalizar la integralidad de la persona que aprende en todo acto humano y la actitud del adulto que debe "siempre tender un puente sobre el abismo que hay en la mente del pequeño entre la realidad interna y la realidad externa" y realizar una elección positiva del material de lectura pues las palabras cobran un sentido personal en la medida que despierten el placer o movilicen algún conflicto interno, que a través de la lectura le sea más fácil al niño conocer su naturaleza y resolver (véase la posición de Bettelheim en **Psicoanálisis de los cuentos de hadas** con referencia a lo positivo del conflicto presente y por resolver en el cuento).

La intervención del equipo de trabajo en toda esta experiencia, como la intervención permanente del adulto en el aprendizaje de la lectura, en síntesis el trabajo de aprender a leer y de ser intermediario valioso en este tránsito se puede sintetizar en estas palabras: "Trasmitirle al niño, con pleno respeto hacia su autonomía y hacia los procesos de su mente consciente e inconsciente, que hay un problema que exige atención: el que tenemos nosotros para comprender sus posibles motivaciones", el que tiene él para reconsiderar si su conocimiento ha estado a la altura de lo que se le exige. (...) "que ambos tuviéramos algo nuevo que aprender: nosotros, lo que puede haber motivado la alteración del texto; él, lo que el pasaje dice en realidad". Bruno Bettelheim y Karen Zelan, **Aprender a leer**. Barcelona: Editorial Crítica. Grupo Editorial Grijalbo, 1983.

Algunas reflexiones sobre la crisis de la lectura, hoy...

La literatura infantil como un modo peculiar de realización de la literatura propiamente dicha ha logrado en los diez últimos años un lugar importante en la sociedad lectora infantil y juvenil. Esta evidencia que puede corroborarse a través de estadísticas editoriales y de la propia crítica literaria, es contradictoria a una realidad que vivimos cada día con más preocupación y desconcierto. Los niños argentinos leen poco, diríamos que leen menos que en otras circunstancias socio-culturales.

Si nos detenemos en esta afirmación y analizamos el porqué de su validez, tenemos necesariamente que fundamentar las conclusiones que propondremos e intentaremos explicar en dos "supuestos teóricos":

- a) Los hombres no nacen lectores, se hacen.
- b) El libro es una representación de la vida, para llegar a él es necesario tener una cierta experiencia de la vida o bien tener curiosidad por descubrirla y explorarla. De allí que para disfrutar del libro de lectura (léase en

sentido amplio libro de literatura y otros...) se hace indispensable un cierto nivel de cultura.

El libro es una posibilidad de evasión, de catarsis, de identificación con un personaje maravilloso o cotidiano, es información, es juego por medio de las palabras, de las diferentes situaciones y de su estructura literaria. El libro es esencialmente comunicación en la creación y en la libertad de la imaginación y la fantasía.

Si este universo de significación tan amplio y rico que es el libro ofrece tan variadas posibilidades de enriquecimiento. ¿por qué entonces se desaprovecha y se lee cada día menos o de peor forma se implementan los recursos para crear hábitos lectores?

La "crisis de la lectura" por definirla de alguna manera, encierra una crisis mucho más profunda: la crisis de la cultura, de la que no hablaremos.

Podemos enumerar algunos factores de nuestro tiempo que han colaborado en el deterioro de la comunicación autor-lector, que le han restado conscientemente posibilidades de crecimiento a la lectura como estimuladora de otros aspectos vinculados con la creatividad del niño y del joven. Estos factores son globalmente:

a) Carácter convencional y obsoleto de los métodos pedagógicos del medio escolar y familiar para el tratamiento de todos aquellos temas relacionados con la producción de mensajes y la decodificación de otros.

b) Programas de lecturas alejados de la realidad, o bien no comprometidos con la realidad como si el niño y el joven no tuvieran la posibilidad de pensar, detenerse, registrar datos y elaborar los mensajes que le llegan a través de los libros de literatura y de los libros de lectura escolar. La tarea de comprometerse con el niño es un desafío y un riesgo al mismo tiempo, habla favorablemente de una sociedad adulta que no subestima la capacidad de producción y cambio de los niños y los jóvenes. Es necesario compartir intereses y necesidades vitales e históricas, no es posible en este año 1986 de este siglo XX seguir escribiendo historias "asépticas", híbridas y en cierta medida irreales.

c) Avance masificador de los medios de comunicación y su implícita capacidad de generar nuevos modos de captar la realidad, que son muy valiosos en tanto no marginen como necesaria y fundamental la palabra oral y escrita, más aún no modifiquen gestos o deseos comunitarios que no estén vinculados con la superación del hombre sino con su estatismo pensante y actuante.

d) Una sociedad de adultos que no leen, y ésta es la más notoria de las causas de la crisis, ¿cómo se le puede pedir a un niño que lea si no va a encontrar modelos de identificación que lo hagan y además que valoricen esta conducta? El maestro lee poco, el padre, la madre han perdido por razones explicables o arbitrarias el tiempo del disfrute con sus hijos, ¿qué se puede esperar del tiempo del disfrute en la lectura, la escritura, o cualquier

manifestación recreativa? Una sociedad que no lee, que repite ideas y expresiones casi "estereotipadas", que ha desvalorizado el tiempo compartido para pensar, para conocer otros códigos de experiencias, que predica lo que no hace y que critica lo que está convencida de no cambiar, es el factor desencadenante de una incipiente generación de oyentes, expectantes... inoperante.

El análisis de la "desafección" con respecto a la lectura es tan complejo y tan plural que en el breve espacio que ya termina es deseable que se pueda pensar al niño o al joven lector en esta dimensión: "Poder leer le está dado sólo al que sabe hacer de la lectura una operación eminentemente activa (...). Quien posea ese poder de compromiso total en la búsqueda del diálogo tendrá gusto por la lectura: y la riqueza de la producción literaria será para su deseo una excitación permanente. Quien no haya adquirido esta actitud a la vez intelectual y sensible no sabrá leer. La ausencia del poder de leer implica necesariamente la del placer de la lectura". **Robert Gleton**

De ahí que sea entendible y hasta justificable que los niños y los jóvenes no lean.